

TITULO

"El Día que la Ciencia nos Devolvió la Esperanza (y nos quitó el pelo)"

Agradecimientos

En el hospital de Fuenlabrada todo lo han hecho fácil; la gente se vuelca contigo: enfermeras, médicos, celadores. No puedo tener sino palabras de agradecimiento con todos, por tanto cariño. Y especialmente, agradecer a la parte de **InnovaHonco** por darnos este otro apoyo, que es lo que más se necesita en estos momentos.

Llegó el día de su primera sesión. Era una réplica ineludible de un recuerdo de hace treinta y cinco años: la pérdida de su padre por un cáncer de colon. Él apenas había podido soportar aquella primera quimioterapia. El recuerdo de su lento consumo, de su despedida con la mano frágil y esquelética entre la suya, era una cicatriz en su memoria.

Diez años después, el diagnóstico se había ensañado con su mejor amiga, su hermana del alma: cáncer de útero. La acompañó en los tratamientos eternos. Presenció los estragos de los efectos secundarios: vómitos, diarreas, un cuerpo deshecho, pero una actitud infranqueable que la ayudó a vencer. Sin embargo, tuvo un costo amargo: la esterilidad a los veintitantos y un rastro de secuelas que aún hoy le pasaban factura.

Y ahora, el destino la citaba a ella. Estaba temblorosa, asustada, enfrentando su propio espejo del pasado. Comenzó a recibir las bolsas que portaban la paradoja: la posible salvación de su vida, pero también el deterioro de su cuerpo.

Para su asombro, la realidad disipó el terror. Gracias al avance de la ciencia, la investigación y la dedicación sanitaria, hoy se administraban preventivos para los temidos efectos secundarios. La quimioterapia fue sorprendentemente llevadera: dos o tres horas apenas, cuatro ciclos espaciados, seguidos de doce semanales. Los efectos secundarios se han reducido a una fatiga creciente e, ineludiblemente, a la pérdida del cabello.

Entre la primera y la segunda sesión. Cogió la máquina de rapar y le pidió a su marido que le hiciera el corte. Los chicos se asomaron curiosos tras la puerta; al terminar, la rodearon con ánimos, llevando la situación con la naturalidad que ella misma irradiaba. Pero poco a poco, la imagen cambió. Ya no era solo la cabeza desnuda: perdió las cejas, las pestañas. Las noches de insomnio dibujaron ojeras y los corticoides la hincharon como una pelota.

Llegó un día en que se miró al espejo y no se reconoció. Lo único que permanecía inalterable, era la profunda incertidumbre que se alojaba en su mirada.